

Schuisky, que hacia mucho tiempo estaban descontentos de la influencia que el favor de Elena habia otorgado á Obolensky. Descendian aquellos de los príncipes susdaleses que todavia en tiempo del gran duque Wassili Dmitrijewitz sostenian su independencia política, y el jefe de esta familia, Wassili Wassiljewitz Schuisky, pudo con razon acariciar la esperanza de que antes que ningun otro seria llamado á empuñar las riendas del gobierno. Este Schuisky, á quien se le daba el sobrenombre de «el Silencioso,» porque ocultaba dentro de sí su ambicion y sus planes, habiase ya distinguido en tiempo de Ivan III: en 1501 y 1502 le encontramos en los ejércitos rusos derrotados por Plettenberg, y cuando en 1504 subió al trono Wassili, otorgóle este príncipe su especial confianza, llevándole á su lado en todas sus campañas, teniéndole por confidente y por consejero hasta la hora de su muerte y confiándole la direccion del consejo de los boyardos. Ya se comprenderá cuán mal hubo de avenirse el ambicioso Schuisky con la preferencia dada á Obolensky y cuánto hubo de satisfacerle la muerte de Elena, por ver con ella llegado el tan ansiado momento de tomar venganza de su rival. Inmediatamente y sin que nadie intercediera por ellos, prendió al favorito y á su hermana, á quienes hizo morir de hambre en la cárcel, y se apoderó violentamente y sin consideracion alguna del gobierno. A pesar de contar cincuenta años de edad, se casó con una parenta del gran duque, la princesa de Kasan, Anastasia Petrowna Kuidagul (1), para dar á su usurpada regencia una apariencia de legitimidad. Sus deudos, encarcelados por Elena, fueron puestos en libertad y se pusieron naturalmente á su lado, gracias á lo cual pudo sofocar la conspiracion del príncipe Ivan Bjelski, que en union del metropolitano se habia propuesto derribar al nuevo gobernante. Bjelski fué hecho prisionero y si no tuvo el suceso peores consecuencias para él, fué debido á la inesperada muerte de Wassili Schuisky, acaecida en octubre de 1538. Esto no obstante, no recobró la libertad, pues Ivan Wassiljewitz Schuisky, hermano de Wassili, se presentó como heredero de éste y supo en poco tiempo inspirar miedo y respeto. Encerrado el metropolitano de Moscou en un convento, sucedióle el antiguo abad del monasterio de San Sergio, Joasaf Skripizín, persona de quien creía estar seguro el nuevo regente. No se sabe á punto fijo qué fines perseguian los Schuisky, aunque se ha creído ver en ellos el espíritu de los antiguos principados parciales resucitado para acabar con la monarquía unitarista de Moscou. Los Glinski y los Bjelski representaban, en cambio, las ideas políticas unitarias.

Ningun dato acerca de esto encontramos en las fuentes á que hemos acudido, las cuales no nos enseñan sino el codicioso y brutal abuso del poder, no limitado siquiera por el respeto que la persona del jóven gran duque merecia. En ninguna parte se ven profundos pensamientos políticos, y los mismos príncipes lituanos solo representaban sus intereses personales; toda la cuestion, así para los unos como para los otros, se reducía al propio engrandecimiento, y esta consideracion estaba por encima de todas las demás. Lo principal era gozar de los placeres del momento, dejando que la administracion del reino estuviera sumida en el mas confuso caos. Lo que ocurría en la corte sucedía tambien en los apartados centros de la gobernacion de las provincias, donde imperaba la arbitrariedad, contra la cual se estrellaban los mas legítimos derechos. «Los gobernadores y sus secuaces—dice el cronista pleskovió—eran crueles como leones y se portaban como fieras con los vasallos. Las personas honradas, perseguidas por falsos testimonios, veíanse obligadas

(1) Su madre era hija del gran duque Ivan III.

á huir á otras ciudades, y los nobles abades abandonaban sus conventos y se dirigian á Nowgorod.»

Con el extranjero mostrábase, cuando se ofrecía ocasion para ello, el antiguo orgullo y en cambio se sufrían de los tártaros los peores tratamientos que el amo puede dar á sus siervos. Tales eran ciertamente las tradiciones de la antigua política moscovita; mas á pesar de ello, bien puede afirmarse que ningun príncipe menor de edad habia aguantado lo que Ivan se veía obligado á tolerar. Exteriormente era el escudo con el cual los regentes cubrian sus arbitrariedades; cuando se presentaba en público eran infinitas las muestras de humildad y de servil sumision que se le daban; pero si alguna vez pretendía oponerse á la voluntad de los gobernantes, veíase afrontado y humillado por ellos. Veinticinco años despues de estos sucesos el gran duque, que de niño habia pasado á ser hombre, refería poseído de cólera las injusticias de que entonces habia sido victima, recordando que Ivan Schuisky no le habia saludado, que en una ocasion penetró en su dormitorio y puso los piés en la cama de su padre, que el tesoro de éste y el de su tío habian ido á parar á manos de los boyardos y que la vajilla del gran duque habia sido marcada con las iniciales de estos, hechos todos cuya impresion llevaba grabada en el alma. Ivan añadia que cuando se veía obligado á dominar su ira, hacíalo con el propósito de tomar venganza cuando fuese tiempo oportuno.

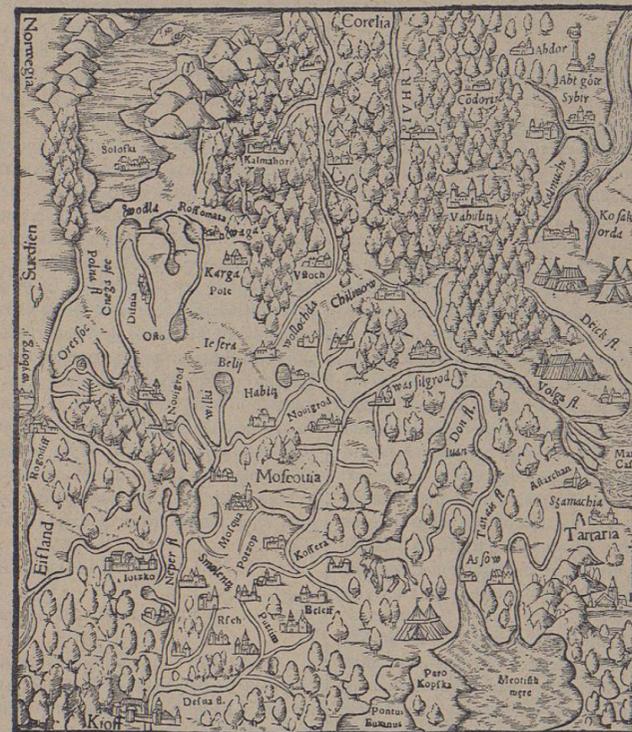
La tranquilidad con que los Schuisky ejercían su soberanía y la poca seguridad de los fundamentos que á su poder servían de base, merecen ser notadas. El mismo metropolitano Joasaf se separó de ellos y á espaldas suyas puso en libertad á Bjelski, valiéndose, segun parece, de Ivan, que á la sazón contaba diez años. Por lo menos, el gran duque se jactó despues de su participacion en este hecho. «Cuando fui mayor—dice Ivan en su correspondencia con Kurbsky—y no quise ser por mas tiempo esclavo, separé de mi lado al príncipe Ivan Wassiljewitz Schuisky, enviándole al servicio, y llamé al boyardo príncipe Ivan Feodorowitz Bjelski.» Esto no obstante, no se sabe hoy hasta qué punto intervino en aquel acontecimiento la voluntad del gran duque. El pretexto para alejar á Schuisky de la corte fué la actitud amenazadora que tomaban los tártaros de Kasan en las fronteras orientales del reino, pero como la situacion del boyardo era aun tan firme que la prudencia aconsejaba que no se rompiera del todo con él, creyóse necesario dar á su destierro las apariencias de distincion, para lo cual se le nombró general en jefe del ejército. Mas desde el momento en que se apartaba de la corte quedaba su influencia quebrantada, pues en sentir de la aristocracia moscovita, todo poder dependía del favor del gran duque.

Bjelski estuvo de hecho dos años al frente del gobierno y por los datos que hasta nosotros han llegado podemos decir que sus esfuerzos tendieron á conservar su puesto por medio de la suavidad y de la justicia. Wladimiro Andrejewitz, primo del gran duque, pudo regresar con su madre á Moscou, y al desgraciado Dmitri Andrejewitz, nieto de Wassili el ciego, que hacia 49 años permanecía en dura prision, se le quitaron las cadenas y se le trasladó á una cárcel menos oscura. No sabemos que Bjelsky ejerciera gran influencia sobre el gran duque, pero hay algunos datos que permiten asegurar que durante su gobierno la administracion del reino se hizo mas tolerable. Pero como no supo buscar fuertes apoyos para su posicion, no se necesitó mas que un acto de energía para derribarle.

Schuisky, que no tenia ganas de estar constantemente de centinela en Wladimir, habia ido preparando con mucho tiempo, por medio de sus partidarios, un golpe de Estado y

mientras en Moscou dos príncipes Kubensky, el príncipe Paletzky y el tesorero Tretyakoff, agrupaban en torno suyo á todos los descontentos, el Silencioso sabia asegurarse la cooperacion de los oficiales de su ejército, los cuales le juraron que compartirían con él todos los peligros de un levantamiento. Contando con estos elementos y tambien con el apoyo de Nowgorod, envió Schuisky en los últimos dias del año 1541 á su hijo Pedro y á uno de sus mas decididos partidarios, el príncipe Ivan Wassiljewitz Scheremetscheff, á Moscou, al frente de 300 hombres. Durante la noche del 2 al 3 de enero estas fuerzas penetraron en el palacio del gran

duque, se apoderaron de Bjelski, le encerraron en la cárcel y á las tres de la madrugada se encontraban los conjurados delante de la puerta del dormitorio de Ivan. Sin embargo, allí parece que los contuvo el respeto que la majestad del soberano á todos inspiraba y no atreviéndose á penetrar en su habitacion entonaron el cántico del rezo matutino con objeto de despertar al gran duque. Los sucesos que despues ocurrieron no pueden fijarse con seguridad. Otro grupo de conjurados invadió las habitaciones del metropolitano, tan odiado por Schuisky, el cual logró escapar y refugiarse, en medio de una lluvia de piedras, al lado de Ivan, pero no ha-



El territorio moscovita.

Facsimile tomado de la Cosmografía de Sebastian Munster, del año 1550.

biendo podido éste ofrecerle amparo, prosiguió su fuga siempre perseguido por los secuaces de Schuisky hasta la catedral de la Trinidad y pudo al fin salvar á duras penas su vida.

Entonces entró en accion el príncipe Ivan Wassiljewitz Schuisky, que habia esperado cerca del teatro de los sucesos el éxito de su golpe de Estado y declaró su voluntad de volver á encargarse del gobierno. Ya se comprenderá que una dominacion por tales violencias conseguida no se habia de portar con grandes miramientos. Bjelski fué enviado á Bjeleosero y allí asesinado al poco tiempo; al metropolitano se le colocó en la puerta de la catedral de la Trinidad para que lo maltrataran los hijos de los boyardos nowgorodes, despues de lo cual se le desterró á Bjeleosero y se le encerró en el convento de San Cirilo, sin que se levantara una mano para defenderle. El gran duque «estaba lleno de miedo» y no se atrevía á oponer ninguna resistencia, pero guardó en su memoria colérico recuerdo de aquellas jornadas y devoró y ocultó su ira en lo mas profundo de su alma, aprendiendo,

al propio tiempo, á conocer de lo que era capaz el pueblo. Durante el reinado de ninguno de los grandes duques anteriores habiase llevado á cabo tan informalmente como entonces la destitucion del jefe del clero ruso, y con igual informalidad fué nombrado sucesor de Joasaf, Macario, hasta entonces arzobispo de Nowgorod. Ivan no pudo tampoco olvidar nunca que en aquella ocasion Nowgorod prestó por segunda vez ayuda á los traidores, y durante toda su vida miró con desconfianza á esta ciudad, siempre indócil y levantisca.

El nuevo régimen, mas arbitrario que todos los anteriores, fué, sin embargo, de muy corta duracion. En efecto, en 1543 murió el nuevo regente no sin antes haber procurado que el poder se conservara dentro de su familia. Tres Schuisky se pusieron al frente del gobierno y dominados por la ambicion procuraron que nadie pudiera disputarles su influencia, hasta el punto de que habiendo observado que el gran duque dispensaba ciertas preferencias á uno de sus consejeros, Fedor

Woronzoff, arrojaron un día sobre él, en presencia de su joven soberano, le maltrataron, abofetearon, rasgaron sus vestiduras y le hubieran muerto á no haberlo impedido, á instancias de Ivan, el metropolitano. Los gobernantes por toda gracia le enviaron á Kostroma desoyendo las súplicas de Ivan, que pedia fuese enviado á la cercana Kolomna.

Estos hechos fueron causa, al parecer, de que el gran duque, que entonces tenia trece años, tomara horror á Moscou; así es que se retiró al convento de la Trinidad, donde permaneció desde setiembre hasta noviembre. Un mes despues de su regreso, ciego de ira, mandó prender al príncipe Andrés Schuisky y dió orden á sus perreros de que lo maltrataran por las calles de Moscou á presencia del pueblo y le dieran cruel muerte.

«Desde entonces — dice una crónica — los boyardos empezaron á temer y á obedecer al Gossudar.» Los Schuisky y sus partidarios huyeron; ellos, ante quienes temblaba todo el mundo, vieron desterrados y suprimidos, y algunos, como por ejemplo el alto funcionario palatino Buturlin, á quien se cortó la lengua, fueron mutilados. El régimen de gobierno personal que comenzaba á imponerse, no podía dejarse sentir mas que por violentas sacudidas. Ivan era un niño y no podía gobernar por sí solo, de suerte que en el sistema de gobierno no se introdujo ninguna modificación esencial: el consejo de los boyardos siguió cuidando de los asuntos del reino, y de la iniciación de Ivan en ellos se hablaba tanto menos, cuanto que él mismo no se sentía muy inclinado á tales cuidados. Al gran duque se le dejó que se entregara libremente á los placeres y en ellos mostró tal pasión por las mas brutales crueldades, que los boyardos hubieran debido pensar en las consecuencias. El que á los doce años se entretenía arrojando animales desde las alturas del Kremlin para recrearse contemplando sangre y viendo agonizar en medio de las mas terribles torturas á sus pobres víctimas, á los quince cabalgaba en compañía de algunos camaradas por las calles de Moscou para atropellar y herir á cuantos encontraba en su camino. Estas bárbaras aficiones no se extinguieron cuando el gran duque salió á campaña por vez primera (1546) al frente de su ejército.

Temíase á la sazón un ataque por parte de los tártaros de Crimea y como siempre que tal peligro amenazaba habíanse concentrado las tropas en Kolomna; mas como el enemigo no se dejó ver, los tres meses que allí pasó Ivan no fueron para él mas que una escuela, donde aprendió nuevas crueldades. Allí también se encontró el gran duque en frente de la primera resistencia: unos cincuenta tiradores nowgorodes cuyas quejas no quiso escuchar Ivan y á quienes ordenó que se disolvieran, se negaron á obedecer su mandato, entablándose entre ellos y los cazadores que seguían á Ivan un combate formal en el cual perecieron unos diez hombres de ambos campos. Ivan mandó abrir una información, no sobre las quejas de los nowgorodes, sino en averiguación de quién les había soliviantado y habiendo sonado los nombres de un príncipe Kubensky y de aquel Woronzoff cuya vida había salvado con su intercesión en otro tiempo, hízoles dar muerte sin interrogarles siquiera, y eso que en los últimos tiempos sus preferencias por Woronzoff habían hecho que éste se tuviera por amigo del soberano. Aquí se nos presenta una de las particularidades características del gran duque, á saber: que los mas allegados le eran en el fondo tan indiferentes como la masa de su pueblo. Nunca conoció el sentimiento de la amistad y en su carácter no hay un solo rasgo que pueda servir de prueba de que la conciencia de su situación desarrollara en su alma una especie de sentimiento del deber. Las crónicas dicen, por el contrario, que á su paso por las grandes ciudades del reino se desentendía de todos los asuntos de go-

bierno y que únicamente mostraba interés por las prácticas externas del culto, entregándose con gran fervor á la oración en las iglesias y en los conventos. «Salió de nuestro país — dice un cronista pleskovio — en dirección á Moscou, sin haber proveído á nada. Pasó todo el tiempo cazando en trineo y haciendo daño á los cristianos.»

Nada tiene, pues, de extraño que dado este régimen se calmaran por fuerza las tendencias agresivas que en otro tiempo formaron parte integrante de la política rusa. Los tártaros de Crimea, Kasan y otros que ocupaban las fronteras orientales y meridionales del reino moscovita no cesaron un momento de atacarlo. En estas luchas nada importante sucedió por una ni por otra parte y únicamente pudo notarse en ellas que los vaivodas de Ivan apenas tuvieron fortaleza bastante para tener á raya á los enemigos. Si las consecuencias de todo ello se redujeron á las usuales devastaciones del territorio ruso, debióse mas que á la superioridad de Moscou á las discordias intestinas que tenían divididos á aquellos bárbaros. Merece consignarse el hecho de que entonces se entablaron por vez primera relaciones directas con el sultan.

En 1542 renovóse con Lituania aquel armisticio que había dejado en pie los antiguos antagonismos, sin que Moscou sufriese por este lado perjuicios reales: la apatía de los Estados vecinos mas que la actividad de los Gliniski y de los Schuisky había evitado las pérdidas que en otro caso hubiera podido experimentarse. Las masas de eslavos rusos unidos bajo la soberanía de Moscou y acostumbrados á una obediencia ciega, constituían un peligro que no había deseos de conjurar. La gran cuestión del porvenir era ver si el gran duque, que ya iba siendo hombre, á pesar de lo descuidada que había sido su educación moral é intelectual, daría pruebas de tener fuerza suficiente para hacer uso de las armas que la situación, no quebrantada en sus fundamentos, había puesto en sus manos.

Ivan pudo inaugurar su gobierno con un poder tan absoluto como ningún khan de Sarai lo había tenido.

CAPITULO II

AUTOCRACIA Y TRANSFORMACION

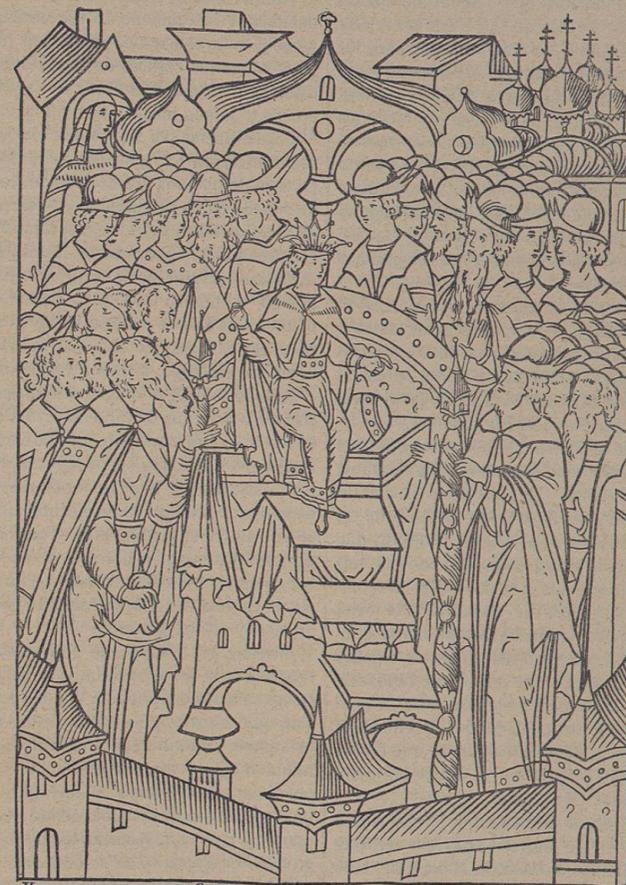
Cuando Ivan cumplió los diez y siete años formó el firme propósito de gobernar por sí mismo, y así se lo manifestó antes que á nadie al metropolitano, diciéndole que quería casarse y hacerse coronar czar, título que deseaba llevar en lo sucesivo. Así como el matrimonio era la expresión del convencimiento de ser ya un hombre y de no necesitar por tanto la dirección tutelar, el proyecto de adoptar aquel título ocultaba una pretensión política de gran trascendencia. El título de czar era el que llevaban los soberanos de aquellos reinos tártaros que habían salido de la horda de Oro y daba al que lo poseía la omnipotencia que en los Estados orientales suele concederse al príncipe reinante.

En Moscou, donde se daba á la cuestión de título y de forma mayor importancia que en ninguna otra parte y donde se sabía mantener con sin igual tenacidad las pretensiones una vez formuladas, todo el mundo estaba convencido de que la dignidad de czar significaba una mayor elevación del gran duque sobre sus parientes y súbditos y una amenaza á la independencia de Kasan, Astracan y Crimea.

«Con gran alegría — dicen las crónicas — se enteraron los boyardos por el metropolitano de las intenciones de su soberano,» pero bien podemos añadir que su satisfacción disimulaba una buena dosis de miedo, pues en mas de una ocasión habían podido apreciar el salvaje é inconsiderado apasionamiento de Ivan. El gran duque llevó á cabo sus proyectos con inusitada rapidez.

La coronación de Ivan como czar verificóse el día 16 de enero de 1547, en medio de ceremonias religiosas que aumentaron á los ojos del pueblo la solemnidad del acto con el cual arrebató á los enemigos de la fe cristiana, á los tártaros, el título en que fundaban sus pretensiones. El gran duque de Moscou, como heredero del khan, se puso en lugar de éste y se identificó con sus aspiraciones. Ya cuando

el desdichado Dmitri fué designado como sucesor de su abuelo, Ivan III le aplicó el título de czar, y así como sus contemporáneos enlazaron con este título las mas absurdas pretensiones, sacando del Apocalipsis pruebas de que todas las soberanías del mundo estaban condenadas á fundirse en el imperio del czar, del mismo modo los coetáneos de Ivan IV, animados por iguales ideas, resucitaron el recuerdo de las



По благословению Отца своего Великого Князя Василия Ивановича, возшесть на престолъ Царя Ивана Васильевича.

Entronizamiento del czar Ivan Wassiljewitz, bendecido por su padre el gran duque Wassili.
Facsimile del dibujo que representa la ceremonia en una antigua crónica rusa.

antiguas relaciones con Constantinopla y reprodujeron la leyenda de las insignias de la coronación que se pretendía haber sido enviadas por el emperador Alejo al gran duque Wladimiro Monomaco. Qué valor dió Ivan á todas estas circunstancias se desprende del hecho de haber pedido en la primera ocasión que se le presentó (1561) al patriarca de Constantinopla que ratificara expresamente su parentesco con la dinastía imperial bizantina y sus derechos á la corona del imperio. Ivan había insistido en que esta ratificación la hiciera el patriarca no solo personalmente, sino por medio de un concilio convocado *ad hoc*, y tuvo el placer de ver satisfecho su deseo, considerándose desde entonces como legítimo sucesor de los emperadores bizantinos, como el soberano de la tercera Roma desde que la segunda (Constan-

tinopla) cayó en poder de los infieles. Esto no obstante, negóse á ser nuevamente coronado por los embajadores del patriarca que llegaron á Moscou en setiembre de 1562, para no significar, ni siquiera en la apariencia, que correspondía al patriarca una situación como la que el Papa había pretendido tener sobre los emperadores. El patriarca Joasaf decía en el documento que promulgó en aquella sazón: «No solo la tradición transmitida y conservada por hombres fidedignos, sino también las crónicas demuestran que el actual soberano de Moscou desciende de la inolvidable czarina Ana, la hermana del emperador Constantino Porfirogénito, y que el metropolitano de Efeso coronó como czar al gran duque Wladimiro plenamente autorizado por el concilio de Constantinopla.» Esta confirmación del título de czar fué de gran